

Josiah Royce y el Pensamiento Americano

ENRIQUE MUNITA R.

— 1 —

Al proponerse el tema del pensamiento americano (es decir, del pensamiento en Estados Unidos de América), un latinoamericano pensará casi de inmediato en William James como el pensador más característico y, tal vez, más importante. Al mismo tiempo, posiblemente, estimará que el pensamiento americano se confunde con el Pragmatismo. A lo mejor, si está vinculado a la educación, agregará también el nombre de John Dewey. Más allá resulta difícil avanzar.

Sin embargo, el pensamiento americano revela una creciente complejidad, una gran familiaridad con los desarrollos de la ciencia y con los problemas epistemológicos y metodológicos. Sus investigaciones marcan rumbos en el campo de la lógica. Esta eclosión pudo ser posible por haberse producido sobre bases sólidas. Esa tradición y esta madurez revelan, por cierto, un estilo propio, lo que no impide su validez universal.

Uno de los que más contribuyó a esta maduración fue, justamente, Josiah Royce (1855-1916), pensador inspirado, y sistemático, en el campo de la ética, de la religión, de la lógica y de la metafísica. Su nombre ha sido injustamente postergado en algunas historias de las ideas.

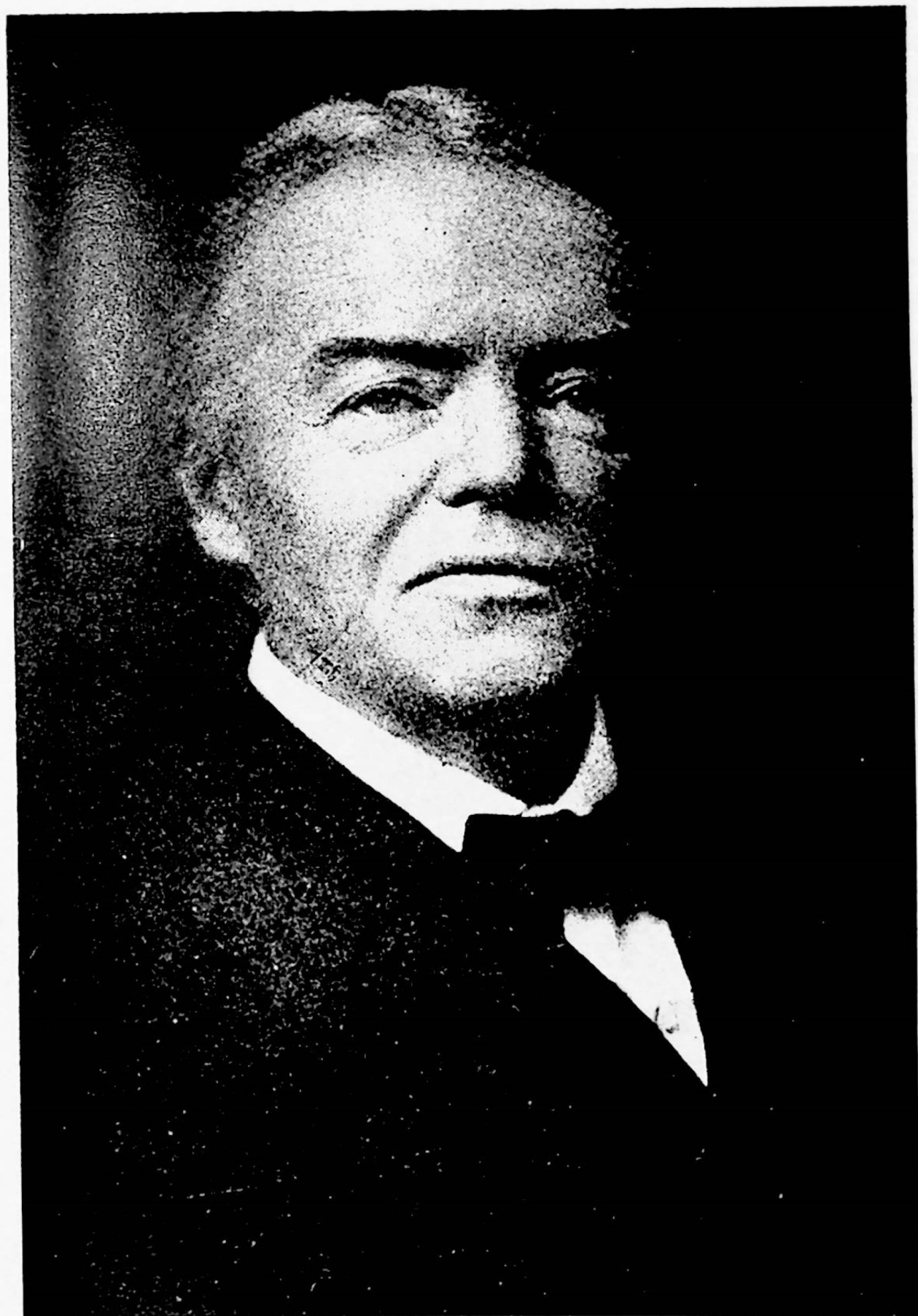
Gabriel Marcel, sin embargo, se dio cuenta muy tempranamente del valor de la obra filosófica de Royce y ya en 1918-1919 examina en la *Revue de Métaphysique et de Morale*, en una serie de cuatro artículos, el sistema metafísico de Royce como un todo. Marcel, en la introducción al primero de ellos (*La Métaphysique de Royce*), expresa en relación a la obra del americano, que ésta es “un momento capital en el desarrollo del pensamiento contemporáneo . . . una construcción tan fuerte en su síntesis, basada en una dialéctica tan rigurosa y tan concreta, que no osamos correr el riesgo, al ignorarla, de permanecer en un nivel de pensamiento que ha sido sobrepasado para siempre”.

El mismo William James, ya citado, también apreció tempranamente el valor de su contemporáneo con el que, por otra parte, mantuvo una amistosa competencia. Justamente el aprecio de sus posibilidades lo hizo mover sus influencias en Harvard para lograr se invitara a J. Royce. Esto, por cierto, era lo más que podía pedir un joven filósofo en esa época. Harvard era el centro del pensamiento americano y allí se congregaban las mentes más brillantes en todos los campos del saber. James tuvo el placer de anunciarle el éxito de sus gestiones en una carta fechada en Cambridge el 23 de abril de 1882, a la que agregó una posdata que resultó profética: “P. S. I ought to say as my *private* opinion, that I cannot myself imagine why you should *not* succeed as a teacher here, and that I should suppose your coming for the next year would be practically tantamount to perpetuity . . . But the *risks*, such as they are, are yours.”

Más, ¿quién era, en efecto, este joven hombre de letras, que llegaba lleno de esperanza a conquistar la fortaleza del saber en su propio campo?

— 2 —

La mayoría de los más importantes intelectuales americanos, hasta principios de nuestro siglo, provenían de la región de Nueva Inglaterra. No es el caso de Royce. Este provenía de un pueblo minero de California y era hijo de pioneros. Esta actitud de “conquistador de fronteras” se reflejará en un cierto modo intelectual del joven Josiah. Sus padres eran gente sencilla, trabajadora y religiosa. Su madre, que había sido profesora, era especialmente devota.



Josiah Royce

Recogemos algunos datos de su biografía: Royce llegó a la filosofía casi por accidente, nos informa J. H. Cotton. Antes de graduarse en la nueva Universidad de California, en 1875, planeaba ser un ingeniero de minas. Su *graduating address* trató sobre el *Prometeo encadenado* de Esquilo. Iba a ser su última incursión por su amado mundo de las letras. Tan impresionados quedaron por su *Adress* algunos hombres de empresa del área que recogieron fondos para financiar un año de estudio en el extranjero.

Otros datos: Royce va a Alemania por el año, a Göttingen, donde estudia bajo Lotze. Luego vuelve a John Hopkins para completar su doctorado. Evoluciona hacia la filosofía decididamente. Algunos de sus maestros estimularon su vocación, aunque varios de ellos no eran filósofos, ni profesores de filosofía. Es el caso del geólogo Le Conte y su teísmo evolucionista, de E. R. Sill con su fino espíritu literario. Sus propias lecturas, inquisitivas y sistemáticas, de Mill y de Spencer contribuyeron decisivamente, así como la de los grandes filósofos alemanes, Kant, Schelling, Hegel y Schopenhauer.

Completados sus estudios y en vista de que no había ningún cargo de filosofía disponible, Royce tiene que volver a Berkeley a enseñar composición y literatura inglesas. A Royce se le hizo particularmente penoso este período ya que su espíritu anhelaba dedicarse de lleno a la filosofía y, por cierto, en esa época "no había filosofía, de un extremo a otro de California" y el ambiente, en realidad, no era muy propicio. De allí que sus cartas a W. James, de esos días, reflejen su estado de ánimo. Esta época de su vida culmina con la gestión exitosa de James y el traslado de Royce a Harvard en 1882, lugar en que enseñó hasta su muerte en 1916.

En Harvard pudo Royce realizar su vocación en plenitud. Encontró allí el ambiente adecuado que supo estimular sus posibilidades espirituales, posibilidades que se tradujeron muy pronto en diversas obras, algunas de ellas de verdadero mérito filosófico. Este pionero californiano, dispuesto a conquistar la frontera atlántica de la filosofía, se ganó pronto y duradero respeto, nos informa un historiador americano, por su prodigioso saber, su aguda y universal apreciación de la poesía y la bíblica elocuencia con la que expresaba una rica experiencia íntima. En cuanto a su relación con el medio académico (el mundo de las

ideas y su época histórica), se señala por sus biógrafos su espíritu abierto, pero matizado por una suerte de “distanciamiento” espiritual, propio, tal vez, de su carácter y de su propia madurez filosófica.

— 3 —

Posiblemente, las obras más importantes de Josiah Royce son *The Religious Aspect of Philosophy* (1885), *The Spirit of Modern Philosophy* (1892) y *The World and the Individual* (1900-1901). A ellas deberíamos agregar, *The Philosophy of Loyalty* (1908) y *The Problem of Christianity* (1913). En las tres primeras desarrolla las ideas básicas de su idealismo objetivo: en *The Religious Aspect of Philosophy* muestra que el reconocimiento del error (en el conocimiento) sólo es posible sobre la base (o con la garantía) del reconocimiento de la verdad absoluta y, por último, de un conocedor absoluto para el cual esa verdad es presente o actual, “una unidad infinita de pensamiento consciente para el cual es presente toda posible verdad” (*The. Rel. Aspect of Phil.*, p. 424). Del mismo modo, se desarrolla un argumento similar acerca del sentido (significado) absoluto en *The Spirit of Modern Philosophy*, y en pro de la voluntad absoluta, con abundante investigación metafísica y lógico-matemática, en *The World and the Individual*. La argumentación de Royce es muy sólida y de un alto estándar, revela un profundo conocimiento de la filosofía moderna así como del desarrollo científico sobre todo en el campo de las ciencias formales. Lo que hace que haya perdido cierta relevancia en nuestros días, piensa más de un crítico, es que, tal vez, ya no buscamos el tipo de certeza (o el tipo de sentido) que buscaba Royce.

En las páginas que siguen presentaremos el punto de vista de algunos conocedores de Royce sobre sus ideas en general y algunas de las obras ya señaladas en particular. Para ello acudiremos, sobre todo, a trabajos de M. Cohen y a estudios de diversos autores que señalaremos en la bibliografía royciana al final del presente artículo, a algunas de las obras de Royce de las que disponemos, así como a las notas de un Seminario que sobre Royce siguiera el autor en la Universidad de Buffalo, U. S. A.

The Religious Aspect of Philosophy

En sus primeros trabajos publicados Royce se siente inclinado a seguir los planteamientos kantianos, nos informa Cohen, al negar la posibilidad de soluciones metafísicas últimas, excepto a través de postulados éticos. Pero, en su primer libro propiamente tal, *The Religious Aspect of Philosophy* (1885), se muestra ya como un decidido idealista. Cohen se da cuenta, sin embargo, de que el término “idealismo” ha sido usado en nuestra época de tan distintas maneras que su sentido se ha tornado ambiguo. Por ello, es necesario precisar que en el uso que le da Royce significa, en lo principal, el punto de vista de que la naturaleza del universo no es, en el fondo, extraña a nuestros pensamientos y a nuestros esfuerzos morales, y que su verdadero carácter interno se revela progresivamente, a sí mismo, en el proceso de nuestros pensamiento. Este brillante libro hizo de inmediato una profunda impresión, especialmente en relación a la argumentación, que ya señalamos, de que la propia posibilidad de error no puede ser formulada excepto en términos de una verdad absoluta o de una totalidad racional, la que requiere un conocedor absoluto. Como las partes de una frase, todas las cosas encuentran su condición y sentido en la totalidad final a que pertenecen. El mundo, de este modo, debe ser de punta a cabo de la misma condición de la mente o, por el contrario, completamente inconocible. Pero, afirmar lo inconocible es implicarse en contradicciones.

Cohen subraya el que Royce se complace en estas agudas antítesis y en la reducción de los argumentos opuestos a contradicciones.

The Spirit of the Modern Philosophy

En su siguiente obra, un libro de una elocuencia poco común titulado *The Spirit of Modern Philosophy* (1892), pasa a recibir mayor énfasis el elemento de la voluntad en relación al del conocimiento. El análisis berkeleyano del mundo como compuesto de ideas se da por supuesto y el énfasis se pone, más bien,

en la condición del mundo del espíritu o *Logos*. Siguiendo a Schopenhauer, señala que aun en el punto de vista idealista del mundo hay un elemento irracional, a saber, la existencia misma de, justo, este tipo de mundo. Con rasgos que se adelantan a los de los existencialistas y siendo, en cierto modo, lo más opuesto a ellos, muestra cómo el grande y trágico hecho de la experiencia, es el hecho de la esforzada y apasionada faena que nunca encuentra completa satisfacción. Cohen destaca cómo para Royce esta frustración eterna de nuestros ideales, o de nuestra voluntad, es una parte esencial de nuestra vida espiritual y la enriquece del mismo modo como las sombras enriquecen el cuadro, o ciertas disonancias se traducen en una más rica armonía. El Absoluto mismo sufre nuestra diaria crucifixión, pero su condición espiritual triunfante se afirma a sí misma, en nosotros, a través de ese mismo sufrimiento. Para el crítico, esta “expresión de la histórica sabiduría cristiana de la beatitud del sufrimiento” entraría en contradicción con la doctrina tradicional “metafísica y teológica de la libertad de la voluntad”. Sobre todo, para un idealista objetivo, como Royce, se plantearía el problema del pecado y su naturaleza. En todo caso, característico del modo poco convencional de Royce es su adhesión, en este punto, a la doctrina paulina de que “no man amongst us is wholly free from the consequences or from the degradation involved in the crimes of his less enlightened or less devoted neighbors, and that the solidarity of mankind links the crimes of each to the sorrows of all”.

— 6 —

The World and the Individual.

En diversos aspectos y temas de su pensamiento, Royce fue largamente deudor de sugerencias de parte del gran pensador y lógico americano Charles Peirce, su contemporáneo. En las primeras obras esta influencia no se hace explícita. Llegó a serlo con la publicación de la que es, tal vez, la obra más importante de Royce: *The World and the Individual* (1900-1901, dos vols.).

La principal tesis de este libro, la reconciliación de la existencia del ser absoluto con la individualidad genuina de nuestros entes particulares, es caracterizada a través de ilustraciones provenientes del campo de las modernas matemáticas, especial-

mente por el uso del moderno concepto matemático del infinito como una colección de la cual una parte puede ser igual al todo. Peirce había desarrollado esto antes que él en un notable artículo titulado *The Law of Mind*, en el segundo volumen de *The Monist*. Todas las referencias de Royce a la lógica de las matemáticas están en completo acuerdo con el punto de vista de Peirce de la realidad de los universales (abstractos) lógicos y matemáticos.

Sus obras subsiguientes caen dentro de dos grupos distintos: el lógico-matemático y el ético-religioso. Del primer grupo, su ensayo sobre lógica en *The Encyclopedia of the Philosophical Sciences*, es filosóficamente el más importante. Tal como en *The World and the Individual*, la lógica es allí presentada no como primariamente ocupada con las leyes del pensamiento o, aun, con la metodología, sino bajo el modo de Peirce, como la ciencia más general del orden objetivo.

Este punto bien merece un comentario y la extrañeza del crítico. Uno difícilmente podría esperar que un filósofo, como Royce, que fue influido fuertemente por las formas poskantianas del idealismo, y particularmente por Schopenhauer, se volviera con seriedad al estudio de las matemáticas y encontrara allí sugerencias pertinentes a su propia obra filosófica. Sólo algunos filósofos poskantianos mostraron interés por las matemáticas. La desestimación de Hegel por el infinito matemático, por ejemplo, proviene de su juicio de que es extraño a la estructura histórica de la libertad humana. Es justamente sobre este tema que Royce es una excepción. Su crítica del idealismo poskantiano difícilmente podría ser más severa. Él escribió: "el desprecio del viejo idealismo por el análisis cuidadoso de las formas matemáticas, su característica falta de voluntad para investigar en torno a los secos detalles del reino aparentemente sin vida de las puras abstracciones matemáticas, es responsable en gran medida del desarrollo imperfecto y la relativa indeterminación del Absoluto idealista". (*The World and the Ind.*, p. 256).

Antes de la generación de Royce el clima filosófico de América no había incubado fuertes conexiones entre la filosofía y las matemáticas. Charles Peirce se muestra como una solitaria excepción. Con Peirce que trabajaba en "lógica exacta" y matemáticas, y con su colega el matemático E. V. Huntington (durante los primeros años de este siglo), Royce se vio frente a dos

ejemplos vivos de la relevancia del pensamiento matemático con respecto de los problemas filosóficos.

Asimismo, durante las últimas décadas del siglo diecinueve casi cada año se publicó alguna obra importante sobre los fundamentos de las matemáticas, o sobre las relaciones entre matemáticas y lógica. Georg Cantor, Frege, Dedekind, Kempe, Schröder, Whitehead, Hilbert (por nombrar a algunos) comenzaron sus contribuciones durante este período. A los conceptos de número, grupo, serie, continuo, infinito, función, límite, se les clarificó de una manera antes impensada. Royce conoció la mayor parte de estos desarrollos.

Sus exploraciones fueron guiadas por al menos tres intereses comprensivos y relacionados: primero, la teoría matemática de los grupos; segundo, el análisis matemático del orden, especialmente diversos tipos de orden serial; tercero, la teoría del infinito matemático. Se destaca una característica en la interpretación royciana de las matemáticas: a través de diversas aplicaciones de las matemáticas a la filosofía corre un tema claramente kantiano en lo que se refiere a la naturaleza de las entidades matemáticas. Como Kant, Royce sostiene la estrecha asociación que hay entre "construcción" y "objetividad". A algo de esto nos referiremos en el punto siguiente.

Sobre los importantes desarrollos metafísicos de *The World and the Individual* no nos extenderemos en esta ocasión. Debemos dejar sentado, sí, que compartimos plenamente la afirmación de M. Cohen de que "*The World and the Individual* es, hasta hoy, en relación a la sólida maestría de la técnica metafísica, la más cercana aproximación a un clásico filosófico que América haya producido".

— 7 —

Algunas consideraciones sobre el método.

Estaría fuera del carácter de este artículo, que sólo pretende dar a conocer este gran pensador norteamericano al público hispanoamericano, entrar en detalles respecto del método royciano y sus aplicaciones. Unas cuantas caracterizaciones bastarán. Royce poseía, sin duda, y en un grado superlativo, acota J. Loewenberg, la habilidad para ver juntas y como relacionadas cosas aparentemente separadas y remotas. A esto llama el crítico in-

dicado, la “visión sinóptica” de Royce. El método *sintético* de Royce intenta, entonces, revelar la “articulación” de lo visto. “Reverencia por las relaciones de la vida” es una fecunda expresión que usaba en relación con su trabajo sobre California, y que puede ser tomada correctamente como el *leitmotiv* de todos sus principales esfuerzos tanto en metafísica como en ética, en lógica como en epistemología.

Su predilección por el *carácter relacional* como la clave fundamental respecto de la naturaleza de las cosas, lo llevó a desaprobar un universo pluralístico o monístico. Tanto sus escritos publicados como los inéditos muestran la búsqueda irrenunciable de Royce de una síntesis de lo uno y lo múltiple, y que esta síntesis la encontró, finalmente, en la noción de comunidad que llegó a ser la categoría guía de su pensamiento. Al revisar, en un esbozo autobiográfico, al final de su vida, “los más profundos problemas y las motivaciones” de su filosofía, habló de ellos como si hubieran estado siempre “centrados alrededor de la idea de comunidad”. En realidad, él llegó a entrever en el nexo relacional implicado en la idea de comunidad una suerte de paradigma estructural.

En relación con lo anterior se puede describir algunos aspectos de la concepción de Royce sobre la teoría lógica como la ciencia del orden. Nosotros podemos, y en cierto modo debemos, postular activamente entidades consideradas únicas. Royce constantemente reitera esto, siendo para él la individualidad una noción cuyo origen y significado son debidos a nuestra voluntad y a nuestros intereses. Para propósitos lógicos, sin embargo, los individuos no se dan con necesidad excepto al constituir clases relacionales; “no podemos nunca probar ser necesarias” instancias de individualidad en tanto asumidas con carácter de únicas. Las entidades individuales que requiere la lógica como miembros de un tipo cualquiera de clase, son, de este modo, inconcebibles sin las relaciones que definen su pertenencia a una clase dada o estipulada. La postulación de su carácter único, en el sentido de no tener duplicados o sustitutos, pertenece más bien a la esfera de la voluntad.

Por otra parte, los tipos lógicos de orden que las disciplinas matemáticas ejemplifican es posible también encontrarlos que se exhiben en las estructuras sociales. Sería, por supuesto, completamente absurdo, creer que Royce buscó anular o atenuar la

distinción entre tipos de orden matemáticos y sociales. Pero, ambos tipos son, justamente, tipos de *orden*. Y, al *orden*, del cual la lógica es la ciencia, lo consideraba Royce obligado a la descripción en términos de categorías universales, requisito para todos y cada uno de los tipos.

Aclarador en este respecto resulta el hecho de que los actos humanos sobre los que se basa la lógica, o que la lógica presupone, eran considerados por Royce como “pragmáticos”. Y a la lógica le adscribía una necesidad no a pesar sino a causa de sus supuestos “pragmáticos”, siendo la necesidad lógica inherente a la estructura de todo tipo de orden ya sea teórico o práctico. Royce no veía contradicción, por tanto, al denominar su posición “absolute pragmatism”. Esta singular caracterización revela y compendia, a la vez, su tendencia a asimilar lo aparentemente antitético.

— 8 —

The Problem of Christianity y otras obras

En sus últimas obras retoma nuestro autor algunos de los temas de *The Philosophy of Loyalty* (1908). En ellas, todos los conceptos de la cristiandad paulina son interpretados en términos de una sicología social. Pero, además de ellos, la *comunidad de la humanidad* tiene una trama que es básicamente espiritual. En relación a su elemento espiritual, Royce la llamó la “*beloved community*”. De esta comunidad trató en *The Problem of Christianity* (1913). Participación leal en la “*beloved community*” es esencial para la salvación del individuo. En sus detalles, la descripción de Royce de la “*beloved community*” se centra en su interpretación de la doctrina paulina de la caridad (*caritas*). “El amor cristiano, tal como Pablo lo concibe asume la forma de la difelidad (*loyalty*)” *The Prob. of Christ.* vol. I, p. 98). No somos los indicados para investigar el valor teológico de esta interpretación. Dejamos sentada sí su implicación de que “El Cristianismo es, en su esencia, la más típica, y en lo que va de historia, la más altamente desarrollada religión de la fidelidad (*loyalty*)” (ibíd., vol. I., p. XVII). Para nuestro propósito es suficiente anotar que la teoría de la comunidad de Royce, por así decirlo, no se detiene ante las barreras del cielo. Ella proporciona tanto un esquema de salvación como un medio de

conducir las actividades humanas, de prevenir la agresión, y de unir a los hombres. Las comunidades de interpretación, culminan en una comunidad de redención.

— 9 —

Influencia de J. Royce

La posición idealista (monista) de las primeras obras de Royce había atraído la oposición de algunos pensadores idealistas pluralistas. Sin embargo, con el comienzo del siglo veinte, el idealismo como un todo fue cuestionado en América por dos movimientos conocidos como Pragmatismo y Neorrealismo. El primero de esos movimientos se debió, sobre todo, a la obra de W. James y J. Dewey; el último a un extendido y renovado interés por la filosofía científica, especialmente la filosofía matemática, representada, sobre todo, por Bertrand Russell. Es, sin embargo, un hecho histórico que Royce contribuyó muy extensamente a la efectiva difusión de estas nuevas filosofías: al Pragmatismo por su idealismo ético (en tanto opuesto al intelectual) y por su énfasis en el aspecto práctico de las ideas, y al Neorrealismo por su enseñanza y sus escritos en lógica-matemática.

Royce, sin embargo, continuó representando, contra la creciente ola de antintelectualismo, la vieja fe en la dignidad y la potencia de la razón que es la piedra de toque del humanismo (Cohen). Su estudio de las matemáticas le mostró que la razón puede ser una fuente de iluminación no sólo en los problemas del conocimiento sino también en los éticos y puede, aun, clarificar la visión para la vista de lo trascendente y eterno.

Pequeña bibliografía royciana

a) Obras de Josiah Royce:

The Religious Aspect of Philosophy (1885)

California; a Study of American Character (1886)

The Spirit of Modern Philosophy (1892)

The World and the Individual (1900-1901)

The Philosophy of Loyalty (1908)

Race questions, Provincialism, and other American Problems (1908)

The Conception of God (1908)

William James and other Essays (1911)

Sources of Religious Insight (1902)

The Problem of Christianity (1913)

War and Insurance (1914)

The Hope of the Great Community (1916)

b) Trabajos sobre Royce (parcial o completamente):

Royce's Synoptic Vision, Department of Philosophy of the John Hopkins University (Baltimore, 1955)

Royce's Logical Essays, Ed. D. S. Robinson (Iowa, 1951)

A History of American Philosophy, H. W. Schneider (New York, 1950)

American Thought. A critical Sketch, M. R. Cohen (New York, 1952)

Royce's Social Infinite, J. E. Smith (New York, 1950)

Royce on the Human Self, J. H. Cotton (Mass., 1954)

The Journal of Philosophy. In memoriam Josiah Royce (New York, vol. LIII, Nº 3) - Feb. 2, 1956.